

La política comercial estadounidense en el contexto de la crisis global y de la declinación de su hegemonía

US Trade Policy in the context of global crisis and declining hegemony

Arturo Guillén Romo

Doctor en Economía
Profesor Titular del Departamento
de Economía, Universidad Autónoma
Metropolitana, sede Iztapalapa
artguillenrom@hotmail.com

Resumen

La crisis mundial de 2007-8 reforzó las tendencias deflacionarias, así como la retirada de los países centrales hacia el interior. Después de la Gran Recesión 2008-2009, la mayoría de las economías han experimentado procesos de semi-estancamiento y desglobalización. La crisis aceleró el declive de la hegemonía de los Estados Unidos. Si bien estos conservan una ventaja militar abrumadora y mantienen la hegemonía financiera, han perdido terreno en la producción, el comercio internacional y la inversión extranjera directa. La política comercial de Trump acelerará la desglobalización. Y aunque su reducción de impuestos ha tenido un efecto positivo a corto plazo en el crecimiento, será difícil superar el «estancamiento secular».

Palabras clave: crisis global - desglobalización - política comercial estadounidense - declinación hegemónica de EEUU - estancamiento

Fecha de recepción:

23.9.19

Fecha de aceptación:

2.12.19

Abstract

The global crisis of 200-8 reinforced the deflationary tendencies, as well as the withdrawal of the central countries

inwards. After the Great Recession 2008-2009, most economies have experienced semi-stagnation and deglobalization processes. The crisis speeded up the decline of the hegemony of the United States. While they retain an overwhelming military advantage and maintain financial hegemony, they have lost ground in production, in international trade and in direct foreign investment. Trump's trade policy will accelerate deglobalization. And while its tax cut has had a short-term positive effect on growth, it will be difficult to overcome "secular stagnation".

Key-words: *global crisis - deglobalization - US trade policy - US hegemonic declination - stagnation*

Introducción

El objetivo del presente texto es analizar los cambios experimentados en la política comercial de Estados Unidos (EUA) desde el arribo de Donald Trump al gobierno, el cual se ha caracterizado por el ascenso de un proteccionismo agresivo y la renuncia a los mecanismos multilaterales de negociación. El proteccionismo no es un fenómeno nuevo en ese país. De hecho su conversión en una potencia industrial se realizó bajo los auspicios del proteccionismo. Inclusive en el periodo de la segunda posguerra en el cual EUA se transformó en la potencia hegemónica del sistema capitalista y asumió el rol de abanderado de la liberalización comercial, no dejaron de aplicarse barreras comerciales, arancelarias o no arancelarias.

En este trabajo se sostiene que la política comercial actual de la administración estadounidense responde a las circunstancias adversas en que se desenvuelven la economía mundial y a los cambios que se están produciendo en el orden geopolítico. Los factores principales que han producido el giro dramático en la política comercial son, en primer lugar la gran crisis global que irrumpe en 2007 y cuyo desenlace sigue enfrentado un entorno de incertidumbre radical, y, en segundo lugar, la agudización del proceso de declinación de la hegemonía estadounidense, la cual aunque sus raíces se remontan a la década de los setenta, se acelera con la crisis global. La crisis ha conducido a un escenario de estancamiento económico, tendencias deflacionarias y desglobalización en la mayoría de los países desarrollados, pero no ha impedido hasta hoy el ascenso imparable de China como potencia emergente.

En el apartado siguiente se examina el reciente desarrollo de la crisis global y su relación con el proceso de estancamiento en que se ha desenvuelto la mayoría de las viejas potencias occidentales, así como las limitaciones de la política económica aplicada por gobiernos y bancos centrales para lograr una recuperación vigorosa de la economía. En el apartado 3 se analiza el proceso de declinación de la hegemonía estadounidense en el marco de la fragmentación del orden mundial, del predominio de tendencias centrifugas en su seno, de la formación de nuevas alianzas geopolíticas y de las tendencias a la constitución de un orden multipolar. En apartado 4 enfoca la política comercial de proteccionismo agresivo del gobierno de Donald Trump, inscrita, como se dijo arriba, en el marco de la crisis y de la declinación hegemónica de esa potencia. A su vez dicha política se articula con la estrategia ultraconservadora, racista y xenófoba seguida por esa administración con el apoyo republicano, la cual es el cemento ideológico de la población, fundamentalmente blanca, que le permitió llegar al gobierno y que necesita para su reelección en el 2020. Finalmente, en el apartado 5, se presentan algunas conclusiones.

Crisis global, estancamiento económico y desglobalización

En 2007 comenzó la crisis económico-financiera global. Es la crisis más profunda que ha enfrentado el capitalismo en su ya larga historia. Más grave y compleja que la del periodo de entreguerras del siglo pasado. Su mayor gravedad y complejidad se revela no tanto en su impacto recesivo en los indicadores macroeconómicos –el cual ha sido, hasta ahora, relativamente menor en materia de producción y empleo–, sino en su interrelación con otros procesos de crisis como el colapso ambiental, la crisis energética y la crisis alimentaria, los cuales no estaban presentes durante la Gran Depresión de la década de 1930 (Guillén 2015). Al carácter multidimensional de la crisis, que anuncia los límites históricos de este modo de producción, se agrega la incapacidad de los gobiernos y de las instituciones multilaterales para encontrar una salida que permita retomar el dinamismo que caracterizó al sistema en las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

La crisis está inmersa en el orden geoeconómico y político mundial, a la vez que es un factor de aceleración de un proceso de cambios tectónicos en él. Estos cambios prefiguran el fin del mundo unipolar vigente desde la caída de la Unión Soviética y el nacimiento de un orden multipolar aún por definirse. Entre los principales cambios de la época presente destacan la declinación hegemónica de Estados Unidos y el ascenso de China y otras potencias emergentes.

La crisis global impulsó las tendencias deflacionarias latentes desde años atrás en la economía mundial, así como el repliegue de los países centrales hacia adentro. Una vez concluida la Gran Recesión 2008-2009, la mayoría de las economías desarrolladas experimentaron procesos de reactivación cíclica, pero dentro de un cuadro general de

semiestancamiento económico. A la par detonó un lento pero significativo proceso de desglobalización comercial y de reforzamiento de las políticas proteccionistas.

Pasada la tormenta de la Gran Recesión, en 2010 se inició un proceso de recuperación cíclica que perdura hasta la fecha. En el caso de Estados Unidos, se trata del ciclo más largo en la historia reciente del capitalismo estadounidense, más duradero inclusive que el registrado en los años sesenta al calor de la Guerra de Vietnam, o que el experimentado durante la burbuja de la “nueva economía” de los años noventas. Pero se trata, asimismo, de una de las fases expansivas más mediocres, lo que en el terreno teórico, ha llevado a la recuperación de la teoría del estancamiento (vid Guillén y Aparicio 2019). Además coincidió con la crisis europea de 2011, la cual casi provocó la disolución de la integración europea, así como con la continuidad del letargo de la economía japonesa, cuya anemia productiva se ha extendido por más de tres décadas.

Las políticas monetarias expansivas no convencionales de los bancos centrales seguidas desde la irrupción de la crisis global, inflaron los activos de esos bancos centrales a niveles sin precedente, con lo que evitaron que la economía mundial repitiera una depresión del tipo de la de los treinta y que siguieran aumentando las tasas de desempleo abierto, pero no lograron reactivar sustancialmente la inversión ni el crecimiento económico. Los balances de los principales bancos centrales del mundo acumulan la friolera de 17,6 billones (*trillions*) de dólares en activos. De la cifra total, la FED cuenta con alrededor de 4,4 billones de dólares, el BCE con cerca de 3,5 billones, mientras que el Banco de Japón suma 4,1 billones y el Banco Popular de China cerca de 5 billones. Estos títulos siguen en sus balances, sin perspectivas de que puedan venderlos, ya que de hacerlo, derrumbarían los precios de los bonos y acabarían con cualquier tentativa de normalización monetaria. ¡Hace tiempo que lo normal en el capitalismo es una persistente anormalidad!

La mayoría de las economías de los países desarrollados se postraron en un cuadro de semiestancamiento, la financiarización se mantuvo incólume, se crearon nuevas burbujas financieras y las tendencias deflacionarias siguieron latentes. La inflación que era el principal enemigo al comenzar la década de los ochentas, se ha convertido, paradójicamente, en uno de los objetivos más deseados de la política económica de los gobiernos y de los bancos centrales. Prácticamente, desde la irrupción de la crisis global, los bancos centrales se han planteado, sin conseguirlo, alcanzar una inflación del 2% anual. La razón de esta obsesión por incrementar la inflación y la obsesión paralela de la FED de “normalizar” la política monetaria no es difícil de comprender, ya que de mantenerse las tendencias actuales de los precios y si subsiste el estancamiento productivo, el desendeudamiento de los agentes económicos, no podrá concretarse. Además si se presentara una recesión o una nueva crisis financiera, los bancos centrales no podrían usar la política monetaria como un arma contracíclica.

Puede observarse en el cuadro 1 que el PIB mundial registra una tendencia descendente desde el inicio de la “recuperación” en 2010, al pasar del 5.1% ese año al 3.1% en 2016. El crecimiento del PIB en los países desarrollados ha sido anémico y las economías emergentes han visto disminuido su crecimiento (incluyendo a China) o han entrado en recesión, como es el caso de Brasil, Argentina y otros países. Durante ese periodo el PIB de Estados Unidos se ha incrementado en torno del 2% anual, mientras que las economías de la zona euro y Japón han registrado tasas de crecimiento aún más bajas y más oscilantes. Entre 2002 y 2016 el crecimiento promedio del PIB en Estados Unidos fue de 1.9%, lo que representa casi la mitad del 3.5% alcanzado durante 1947-2001 (Ross y Navarro, 2016:3). En 2017 se registró un ligero repunte al crecer el PIB mundial 3.7%, mientras que la economía estadounidense creció 2.2%. Sin embargo, como se apunta más adelante, dicha reactivación perdió fuerza a finales de 2018.

Cuadro 1. Indicadores de la economía mundial. Tasas de crecimiento (%)

Concepto	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017
PIB Mundo	5.2	3	-0.6	5.2	3.8	3.2	3.3	3.4	3.2	3.1	3.7
PIB E.U.A	2.2	0.4	-2.7	2.5	1.8	2.2	2.2	2.4	2.6	1.6	2.2
PIB Eurozona	2.6	0.5	-4.2	1.9	1.4	-0.4	-0.5	1.5	2	1.7	2.6
PIB Japón	2.1	-1.2	-5.4	2.4	-0.8	2.2	1.6	0.6	1.2	0.9	1.7
Volumen del Comercio mundial	7.2	2.8	-10.7	12.7	6.9	2.7	3.5	3.4	2.7	1.9	5.2
Precios primarios (combustibles)	10.7	36.4	-36.8	27.9	31.9	1	-0.9	-7.5	-47.2	-15.9	23.4
Precios primarios (no combustibles)	14.1	4.5	-18.7	26.3	17.7	-10	-1.2	-4	-17.5	-9.4	6.8
Precios al consumidor países avanzados	2.1	3.4	0.1	1.6	2.7	2	1.4	1.4	0.3	0.7	1.7

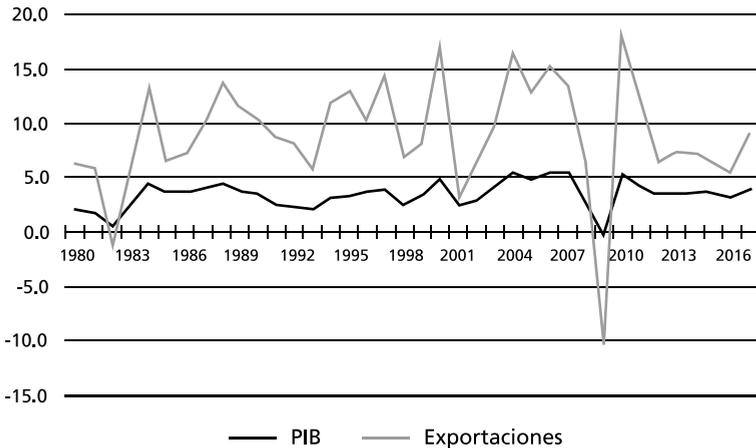
Fuente: Elaboración propia con datos de World Economic Outlook database, IMF October 2018

Debido a la crisis, el comercio internacional de mercancías se desplomó, con lo que el mercado externo dejó de ser una válvula de escape importante para las economías semiestancadas. China misma se vio impulsada a modificar su modelo económico, con el objeto de que esta pueda descansar más en el consumo interno. Mientras que el comercio exterior de mercancías se incrementaba a tasas del doble del PIB mundial en el periodo anterior a la crisis global, desde 2010 el aumento del intercambio externo registra tasas semejantes e incluso inferiores al crecimiento de la producción. (Cuadro 1 y gráfica 1). Ello quiere decir que el movimiento internacional de mercancías no solamente ha perdido dinamismo, sino que se ha frenado el intenso proceso de globalización comercial que arrancó en la década de los setenta.

Desde la segunda posguerra la globalización comercial, que podemos medir a través del grado de apertura de las economías (exportaciones mundiales como porcentaje del PIB),

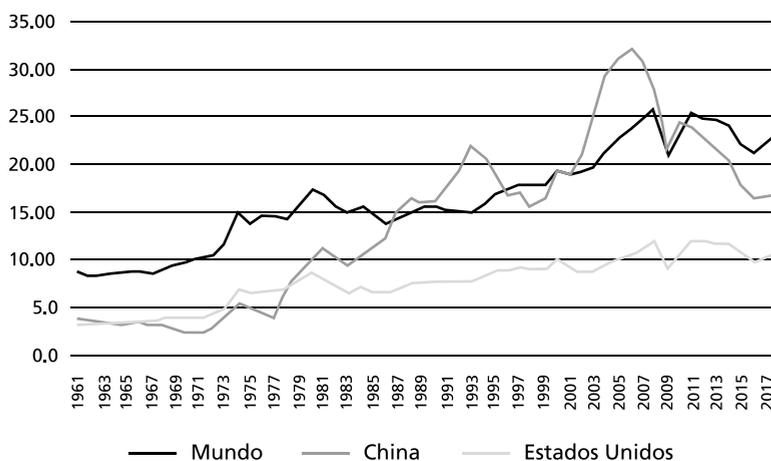
cobró impulso. Sin embargo, como puede observarse en la gráfica 2, el proceso se acelera notablemente después de la gran crisis de finales de los años sesenta. Ante el angostamiento de los mercados internos debido a la caída de la tasa de ganancia, los sectores de punta del capital de los principales países desarrollados proyectaron sus mercados y sus capitales al exterior (Guillén, 2007), inaugurando la etapa del neoliberalismo, concepto sintético, que abarca diversos procesos, entre ellos, la globalización comercial y financiera.

Gráfico 1. PIB y comercio mundial, 1980–2017. Tasas de crecimiento (%)



Fuente: Elaboración propia con datos de World Economic Outlook database, IMF October 2018

La globalización comercial cobró fuerza en los años ochentas con el triunfo del neoliberalismo y se intensificó aún más en la década de los años noventas con la globalización financiera y el arribo de “la nueva economía” sustentada en el desarrollo del Internet y las telecomunicaciones. El coeficiente de exportaciones de la economía mundial, pasó de representar el 10% del PIB mundial en 1970, a 17.4% en 1980 y 19.5% en el año 2000. Su punto máximo fue alcanzado en 2008 al llegar al 25.8%. A partir de la gran recesión 2008–2009, dicho índice ha tendido netamente a la baja, lo que señala un claro proceso de desglobalización comercial ligado con el ascenso del proteccionismo. En 2016 el coeficiente de exportaciones era alrededor de casi cinco puntos porcentuales inferior al existente en el periodo anterior a la crisis global (21.2%). Y aunque dicho índice repuntó ligeramente en 2017 al 22%, es previsible que tal repunte no se sostenga en medio de las políticas proteccionistas de la administración de Donald Trump y del Brexit.

Gráfico 2. Comercio como porcentaje del PIB, 1961-2017

Fuente: Elaboración propia con datos del Banco Mundial

La reversión de la globalización no se circunscribe únicamente al comercio de mercancías. Esta comienza a afectar a los flujos de inversión extranjera directa (IED). Después de haber repuntado al terminar la Gran Recesión 2008-2009, han estado declinando desde 2015. La baja se acentuó en 2017. Según datos de la UNCTAD (2018), los flujos globales de IED cayeron 23% durante 2017. La baja fue más pronunciada en los países desarrollados y en las llamadas economías en transición (países exsocialistas), mientras que los flujos a las economías subdesarrolladas se mantuvieron estancados. En el comportamiento negativo de los flujos de IED, influyó de manera importante una baja acentuada en los flujos vinculados a los procesos de fusiones y adquisiciones. Estos disminuyeron de 887 miles de millones de dólares (mmd) en 2016 a 694 mmd en 2017. En la primera mitad del 2018, los flujos de IED siguieron en el mundo siguieron a la baja, al contraerse 41 por ciento (El Financiero, 2018). En esta reversión ha jugado un papel importante la baja de impuestos decidida por la administración de Trump, que ha orillado a muchas ETN a repatriar capitales hacia Estados Unidos para beneficiarse del cambio fiscal.

Según la UNCTAD, el reflujo de la IED no obedece solamente al clima de incertidumbre que rodea a la economía mundial, sino que está influido por una menor rentabilidad del capital. La tasa de retorno ha disminuido de manera consistente desde 2012, al pasar del 8.1% en este año al 6.7% en 2017. Esta baja ha afectado a prácticamente todas las regiones del globo. El fantasma de la tasa de ganancia reaparece aunque no quieran verlo ni neoliberales ni keynesianos. La búsqueda de retornos altos en los mercados financieros con el objetivo de maximizar beneficios, se explica en virtud del estancamiento del proceso de inversión y de las menores expectativas de ganancia en la esfera productiva de la economía.

La búsqueda de retornos altos en los mercados financieros con el objetivo de maximizar beneficios, se explica en virtud del estancamiento del proceso de inversión y de las menores expectativas de ganancia en la esfera productiva de la economía.

Desde que arreció la volatilidad de los mercados financieros en abril de 2018, la globalización financiera resintió el cambio de marea con la contracción de los flujos de capital de cartera a los llamados países emergentes. De acuerdo con datos del Instituto de Finanzas Internacionales (IFI), dichos flujos disminuyeron 9.5% durante 2018, a la vez que se evidenciaron salidas de capital de los mercados de esos países (Europa Press, 2018). Si se excluye a China, la reducción se amplía hasta el 30%. Entre los factores que han contribuido a este incipiente proceso de desglobalización financiera, se encuentran las alzas de las tres tasas de interés decretadas por la FED en 2018, la apreciación del dólar, y la aparición de fuertes devaluaciones de divisas en Argentina, Turquía y Brasil.

En suma, la economía mundial cumple más de once años desde el inicio de la recuperación cíclica. Ha sido una fase larga, pero desigual y frágil, al punto de que inclusive en los círculos dominantes del capital existe gran incertidumbre sobre su curso. Por su parte diversos analistas heterodoxos consideran que la crisis global que arrancó en 2007 aún no ha sido resuelta (Roberts 2016; Roubini y Rosa 2018; Guillén 2015).

El mismo FMI reconoce que en el momento actual los riesgos son mayores. El *Informe sobre la Estabilidad Financiera Global* (GFSR por sus siglas en inglés), de abril de 2018 publicado por ese organismo fue explícito sobre los riesgos que confronta la “recuperación”. En el mismo se señala que:

Los riesgos a corto plazo para la estabilidad financiera han aumentado un poco desde el anterior GFSR. Los riesgos a mediano plazo siguen siendo elevados ya que las vulnerabilidades financieras, que se han acumulado durante los años de políticas acomodaticias, podrían significar un camino accidentado por delante y poner el crecimiento en riesgo. Una mayor inflación puede llevar a los bancos centrales a responder de manera más agresiva de lo que se espera actualmente, lo que podría llevar a un fuerte endurecimiento de las condiciones financieras. Las valoraciones de los activos riesgosos siguen al alza, y los desajustes de liquidez, el apalancamiento y otros factores podrían amplificar los movimientos de los precios de los activos y su impacto en el sistema financiero. Los mercados emer-

gentes generalmente han mejorado los fundamentos, pero podrían ser vulnerables al endurecimiento repentino de las condiciones financieras mundiales (IMF 2018:11).

La UNCTAD (2018b) hace un análisis más profundo de la situación y considera equivocada la propensión de los gobiernos y de los bancos centrales a descansar casi exclusivamente en la política monetaria para superar la crisis:

La estrategia de una década para reactivar el crecimiento a través de medios monetarios no ortodoxos (“flexibilización cuantitativa”) en las economías avanzadas, solo ha tenido un éxito limitado para estimular el crecimiento de los ingresos y el empleo. La persistente debilidad de la demanda efectiva, agravada por el desapalancamiento posterior a la crisis por parte de los hogares y las empresas, frenó la inversión productiva, mientras que una mayor desigualdad de ingresos y menores tasas de empleo impidieron un fuerte repunte del consumo. No ayuda que los gobiernos sigan siendo reacios a gastar para apoyar el crecimiento. El resultado es una nueva normalidad de bajo crecimiento (UNCTAD 2018:13).

Para este organismo, más que ante una vuelta a la normalidad estamos frente a nuevas turbulencias financieras:

El escenario entonces es uno de inestabilidad en muchas formas. El posible escenario emergente, en ausencia de medidas macropolíticas proactivas rápidas por parte de los gobiernos, es el siguiente: se activan salidas netas de capital, especialmente de capital de cartera en los mercados emergentes, en gran medida por el ajuste monetario y el aumento de las tasas de interés en los Estados Unidos y otros países avanzados (...) La consiguiente depreciación de las monedas se ve empeorada por ataques especulativos, lo que desencadena la inflación. Los pagos del servicio de la deuda valorados en moneda nacional, vinculados con un aumento sustancial de

la deuda corporativa, aumentan considerablemente, precipitando el incumplimiento y las quiebras. Esto deprime aún más la inversión precisamente en un momento en que se esperaba que ésta reviviera (Ibíd:24).

Efectivamente los riesgos de mayores turbulencias financieras son altos. Estas se han presentado abiertamente desde el último trimestre de 2018. No hay de qué extrañarse. La economía estadounidense y el resto de las economías insertadas en la globalización financiera (la cual abarca a los llamados países emergentes de la periferia), a pesar de la severidad de la crisis de 2007, siguieron practicando un *régimen de acumulación dominado por las finanzas* en el que las operaciones especulativas son parte esencial, no subsidaria, del funcionamiento y reproducción de los grandes capitales, es decir, del capital monopolista-financiero. La regulación financiera en vez de fortalecerse después de la irrupción de la crisis (salvo el esfuerzo *light* de la Ley Dodd-Frank, ahora desdibujado), se ha optado por continuar con la desregulación, sobre todo a partir del arribo de la administración Trump. Además, poco se hizo tampoco para solucionar los desequilibrios globales, los cuales jugaron un papel importante en las burbujas financieras que llevaron a la crisis, y los cuales en vez de reducirse se han incrementado.

La declinación hegemónica de Estados Unidos y la recomposición geopolítica del mundo

La declinación de la hegemonía de los Estados Unidos se agudizó con la irrupción de la crisis global de 2007. Sin embargo, dicho proceso de declinación no comenzó entonces, sino que se inició varias décadas antes. La hegemonía indiscutible y estable que ejercieron los Estados Unidos en la posguerra, debido a las condiciones excepcionales creadas por el conflicto armado -la destrucción de los países europeos; la conversión de los Estados Unidos en la única economía acreedora poseedora de las mayores reservas de oro; su nuevo rol como gendarme del mundo y guardián del llamado “mundo libre” frente al ascenso de la Unión Soviética, etc.- comenzó a erosionarse a finales de la década de los sesenta. Como he planteado en otros textos (Guillén 2007, 2015), varios factores económicos y políticos contribuyeron a su debilitamiento: el resquebrajamiento del sistema monetario internacional basado en el patrón-oro dólar; el inicio de una nueva “gran crisis” (etiquetada como la “crisis de los setenta”, pero que en realidad comenzó en los años postreros de los sesenta), la cual puso fin al régimen de acumulación “fordista” que acompañó el largo auge de la posguerra; el ascenso de dos grandes potencias: Alemania y Japón, lo que exacerbó la concurrencia en el mercado mundial; y la derrota del imperialismo norteamericano en la Guerra de Vietnam.

La instauración del neoliberalismo en los años ochentas, durante la administración de Ronald Reagan permitió frenar la declinación estadounidense, mediante la aplicación de una

política monetaria radical y agresiva (bajo la conducción del Secretario del Tesoro Paul Volcker). Dicha política no solamente logró parar en seco la fuerte inflación de la década anterior, sino que detuvo la declinación del dólar y su eventual abandono como divisa clave del sistema, a la par que detonó la crisis de la deuda externa en las periferias del sistema. Se impulsó la globalización neoliberal, mediante la apertura comercial y posteriormente, en los noventas, se desplegó la globalización financiera, apoyada en el surgimiento de la “nueva economía” basada en el Internet, las telecomunicaciones y la biotecnología.

La globalización económico-financiera neoliberal fue un proyecto del capital monopolista-financiero con los Estados Unidos a la cabeza, para resolver las contradicciones de la llamada “gran crisis” de los años setenta. La globalización permitió a la potencia imperial recuperar la iniciativa en la remodelación de las economías capitalistas y representó una nueva fuente de ganancias para el capital transnacional mediante la relocalización de sus capitales en las periferias. El espacio para la valorización de los capitales se vio ampliado enormemente con el derrumbe de la Unión Soviética y del campo socialista europeo y con la inserción de China en la globalización neoliberal.

Sin embargo, el *régimen de acumulación dominado por las finanzas*, agravó las contradicciones del sistema, al fragilizar las estructuras financieras. Este régimen estuvo en el origen de las crisis financieras sistémicas experimentadas desde la década de los noventas: empezando con la “crisis del tequila” en México en 1994-1995, pasando por la crisis asiática de 1997-1998, la crisis del NASDAQ de 2001, hasta desembocar en la crisis económica-financiera de 2007. Con esta crisis, el proceso de declinación de la hegemonía estadounidense que se había contenido con la globalización, se agudizó, lo que significó un cambio importante en la correlación de fuerzas de las potencias en el sistema mundial.

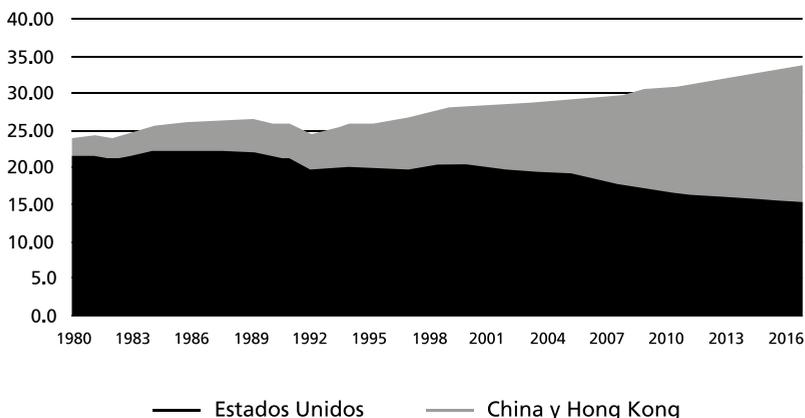
La globalización neoliberal provocó profundas transformaciones en la estructura de la economía mundial. Durante las últimas tres décadas, Estados Unidos comenzó un proceso desigual, pero irrefrenable, de declinación de la hegemonía ejercida desde la Segunda Guerra Mundial y se convirtió en el mayor deudor del planeta, al tiempo que China emergía como el principal taller industrial y manufacturero y primera potencia comercial. China se consolidó como centro acreedor, mientras que Estados Unidos, tal como sucedió con el Reino Unido en el periodo de Entreguerras, se tornó en el principal deudor. Este país se convirtió en una economía altamente rentista que utiliza su supremacía monetaria, financiera y militar para mantener su hegemonía. Como plantea S. Roach entre los Estados Unidos y China existe una “codependencia”, la cual ha resultado beneficiosa para ambas partes. Estados Unidos, el país deudor, se beneficia de la importación de productos chinos a precios bajos y de la compra segura por parte de la potencia asiática de los títulos de deuda que genera su abultado y creciente déficit externo, mientras que China se beneficia de contar con un amplio mercado para sus exportaciones y para la acumulación de abultadas reservas monetarias (Roach 2014).

El polo dinámico de la economía mundial se inclinó definitivamente hacia Asia, y principalmente hacia China. El impresionante desarrollo de China cobró fuerza con las reformas económicas introducidas por Deng Xiaoping a partir de 1979.¹ China abandonó el modelo de socialismo de Estado establecido desde el triunfo de la revolución en 1949, semejante en varios aspectos al seguido por la Unión Soviética, y lo sustituyó por una suerte de “capitalismo de estado nacional y popular”, bajo la dirección del Partido Comunista chino. Se estableció un modelo exportador basado en el impulso de relaciones capitalistas de producción y la apertura externa. Esta se formalizó con el ingreso a la Organización Mundial de Comercio (OMC) en 2001. De esa forma, China se insertó en la globalización neoliberal, pero sin aceptar pasivamente las recetas del Consenso de Washington y manteniendo autonomía en el diseño y aplicación de sus políticas macroeconómicas. Bajo este modelo, eufemísticamente llamado por los funcionarios chinos “socialismo de mercado”, China logró a lo largo de tres décadas, tasas de crecimiento del PIB del orden del 10%, y desde 2007 cuando comenzó la crisis global del capitalismo, y en un marco mundial de semiestancamiento, ha logrado sostener tasas de crecimiento superiores al 6%.

Este país incrementó su participación en el PIB mundial progresivamente, Su participación se incrementó casi nueve puntos porcentuales al evolucionar del 1% en 1980 al 9.4% en 2014. Con todo y lo impresionante que resultan estos números, minimizan el peso relativo de China en la economía mundial. Si en vez de utilizar los datos del PIB a precios constantes, usamos los datos en términos del poder adquisitivo de las monedas (PPP, por sus siglas en inglés), -el cual elimina la distorsión de los tipos de cambio en los datos-, el ascenso de China resulta ser mucho más espectacular y el declive estadounidense más pronunciado.

Como puede observarse en la gráfica 3, la participación del PIB chino en la producción mundial no ha dejado de incrementarse durante las últimas década, al pasar del 4.5% en 1990 al 7.8% en el año 2000. Y entre esta última fecha y 2017, su participación más que se duplica al alcanzar el 18.6%. Por su parte la participación de Estados Unidos en el PIB mundial se mantuvo estable en alrededor del 21% durante los noventas, pero se reduce persistentemente, año con año, desde la crisis de 2007. En 2017 representaba solamente el 15.3% del PIB mundial, tres puntos porcentuales por debajo del PIB chino.

Gráfico 3. PIB basado en paridad de poder de compra, participación del total mundial (%), 1980-2017



Fuente: Elaboración propia con datos de World Economic Outlook database, IMF October 2018

China es hoy ya la economía *líder* de la economía mundial, desplazando de ese lugar a la potencia estadounidense, todavía hegemónica. Y si Marx tenía razón en cuanto a que la producción es el elemento determinante del poder económico por encima de la circulación, como nos recuerda Weeks (2016), entonces no pareciera haber duda de que vivimos un periodo de transición hegemónica, en el que China ha asumido el liderazgo y en el que Estados Unidos preserva su hegemonía, mediante mecanismos extractivos (rentas financieras, entre ellos) y militares. La estadounidense es cada vez más una hegemonía sin consenso, o en otros términos, una *dominación sin hegemonía*.

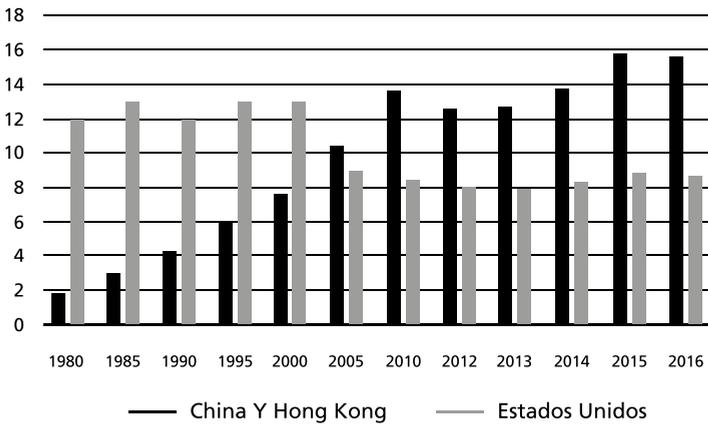
¿Transición hegemónica hacia dónde? La transición hegemónica no significa necesariamente que China, la principal potencia emergente, vaya a relevar necesaria y suavemente a Estados Unidos. Tales automatismos no existen en la historia. Lo mismo podría suceder que tal transición desembocara en la irrupción de nuevos conflictos armados, como sucedió con el ascenso de la hegemonía británica en el siglo XIX, o la de la hegemonía estadounidense en el periodo de Entreguerras; o que se avance hacia un orden multipolar con reglas consensuadas, para el cual no existen precedentes, ni parecieran existir condiciones en la actualidad; o que se desemboque en un caos sistémico global, el cual pareciera ser, cada vez más, el escenario más probable.

A diferencia del periodo de la hegemonía indisputada estadounidense (1948-1970), en el cual predominaron fuerzas centrípetas en el sistema mundial, en la actualidad, dominan fuerzas centrífugas, de forma parecida, aunque no idéntica, a la que prevaleció en el periodo de Entreguerras. La fragmentación está en el orden del día. Ejemplos abundan:

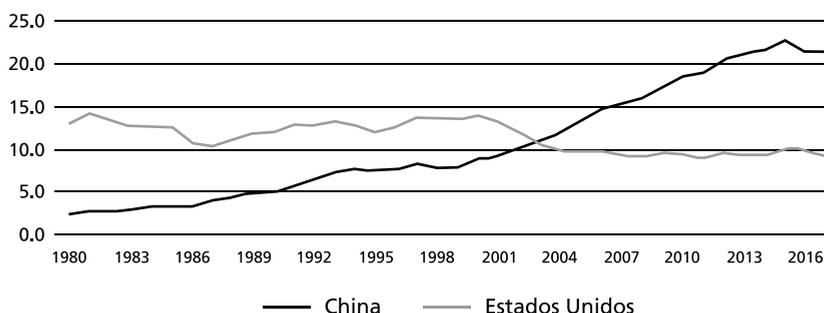
el Brexit; el ascenso de movimientos y partidos xenófobos y euroescépticos en Europa; Ucrania; el abandono del multilateralismo de parte de la administración Trump; la guerra comercial; el estado de anomia en que se desenvuelve el Medio Oriente desde la intervención militar en Irak, o en que viven muchos países de las periferias; etc.

El liderazgo chino es irrefutable, asimismo, en el terreno comercial. China se ha convertido en el principal exportador del mundo desplazando de ese lugar a Estados Unidos. Su participación en las exportaciones mundiales, incluyendo en los datos a China-Hong Kong se incrementó desde un insignificante 1.8% en 1980 al 15.8% en 2016. En el mismo periodo, Estados Unidos redujo su participación del 12% al 8.7%. Alemania que se había convertido en el principal exportador del mundo en 1990, actualmente se ubica en el tercer lugar. Es verdad que parte del éxito exportador chino depende de la operación de las empresas trasnacionales (ETN), principalmente norteamericanas, que en el marco de la globalización, han deslocalizado sus capitales hacia China y otros países de la periferia. Las exportaciones de mercancías chinas efectuadas por las ETN se incrementaron del 5.6% del total en 1987 al 58.9% en 2006 (Gouyou 2010: 50).

Gráfico 4. Participación en las exportaciones mundiales (%)



Fuente: Elaboración propia con datos de UNCTAD

Gráfico 5. Exportaciones manufactureras como % del total de exportaciones manufactureras en el mundo

Fuente: Elaboración propia con datos de OMC

El ascenso de China al liderazgo económico y comercial se observa nítidamente cuando se examina el comercio de manufacturas. En este terreno también China ha desplazado a Estados Unidos. Mientras que en 1980 la potencia oriental sólo absorbía el 0.8% de las exportaciones de manufacturas, en 2017 su participación ascendía al 21.4%. (Gráfico 5). Esto representa más del doble de la participación de Estados Unidos, quien vio descender la suya, del 13% en 1980 al 9.3% en 2017. Las viejas potencias industriales de Europa, así como Japón, han visto reducciones sustanciales en su participación en el comercio exterior de manufacturas en beneficio de China y de los NICS del Este asiático. No se trata como sucedió en un inicio, de la venta de manufacturas baratas de bajo contenido tecnológico, sino cada vez más de industrias de punta en la economía mundial. La industria de la tecnología de la información y de las telecomunicaciones es un buen ejemplo. En los años noventas, la participación china en el comercio exterior en estas ramas era insignificante. Sin embargo, en el año 2000, China ocupaba el lugar 13 en la tecnología de la información y el quinto en equipo de telecomunicaciones. Tan solo cuatro años después, había saltado al primer lugar en ambos ramos (Roach 2014: 114), lo cual demuestra que este país no solamente ha sido exitoso en absorber y adaptar tecnologías, sino, cada vez más, en el desarrollo de nuevas tecnologías. En 2010 se registraron en ese país 135,000 patentes nuevas, 25% más que en 2009. En ese rubro, ocupa el tercer lugar en escala mundial, solo detrás Japón y Estados Unidos (Ibíd: 155). El enorme desarrollo tecnológico alcanzado por China en un lapso muy corto, se acaba de poner de manifiesto con el alunizaje efectuado en el lado oscuro del satélite terrestre, objetivo que no ha sido alcanzado ni por estadounidenses ni por rusos. La hazaña no sólo revela que la gran potencia oriental juega un papel más que destacado en la investigación del espacio, sino que en el terreno militar posee un parque balístico que compite con el de Rusia y Estados Unidos. La emergencia de China como potencia no se circunscribe a la producción, al desarrollo científico y tecnológico o al comercio exterior. Abarca también la esfera financiera.

En el caso de la inversión extranjera directa (IED), este país no es únicamente un receptor de flujos de IED (el segundo en escala mundial), sino que ocupa un rol cada vez más importante en la exportación de capital. Lo anterior no tiene por qué ser motivo de sorpresa, dada su posición de principal centro acreedor del mundo. Como sucedió antes con las viejas potencias capitalistas, China utiliza sus enormes superávits comerciales para colocar sus capitales excedentarios en el exterior, principalmente en los países de la periferia de América Latina y África. Los motivos de la expansión internacional de sus capitales son los mismos que han impulsado siempre a las corporaciones de las grandes potencias: ampliar sus mercados, asegurarse de fuentes seguras de materias primas, desarrollar infraestructuras y ampliar su área de influencia.

Estados Unidos sigue siendo el principal exportador de capital en materia de IED, pero China está a punto de alcanzarlo. En 2017, China absorbió el 14.5% de los flujos de salida, mientras que Estados Unidos fue responsable del 23.9% del total mundial.

En términos del *stock* de capital acumulado por la IED, se registran también importantes cambios con la internacionalización de la posguerra y principalmente con la globalización neoliberal. Estados Unidos ha visto reducir constantemente su posición como principal exportador de capital al pasar del 35% del stock de IED en el exterior en 1960 al 33.6% en 2000 y al 24.8% en 2017. Lo destacable en este aspecto es el ascenso de China, de los países del sudeste asiático y de los países en desarrollo. La participación china, incluyendo a Hong Kong, se eleva de prácticamente nada en 1960 al 10.7% en 2017, participación superior a la de cualquier otra potencia europea, incluyendo Alemania.

Junto a su creciente actividad exportadora en flujos de IED, China ha multiplicado los créditos gubernamentales y de sus bancos de desarrollo, sobretudo a los gobiernos de la periferia para la realización de proyectos de infraestructura y otros fines, orientados a abrir espacio a las inversiones chinas en actividades primario-extractivas. Se estima que para estos fines desembolsó 120 mil millones de dólares (md) en América Latina, entre 2005 y 2014, mientras que en África colocó 53 mil md entre 2000 y 2010 (Télam 2015).

El gobierno chino presentó recientemente su estrategia “China 2025” enfocada a convertir a su país en un lapso de treinta años en una potencia tecnológica que lidere la innovación en escala mundial. Dicha estrategia está insertada en el objetivo de impulsar un modelo de desarrollo menos dependiente de las exportaciones y más enfocado a su creciente mercado interno, y en privilegiar la calidad de la producción por encima de las metas cuantitativas. El proyecto estrella de la nueva estrategia es la llamada “Nueva Ruta de la Seda”, el cual pretende vincular, mediante ambiciosos proyectos carreteros, ferroviarios y portuarios, a Asia con Europa y África. El proyecto cubre a 65 países que representan el 30% del PIB mundial. Para su implementación el gobierno chino creó un fondo de 40,000 millones de dólares (MD), así como líneas de crédito por 60,000 MD.

La política comercial estadounidense en el contexto de su declinación hegemónica

El estancamiento, la desglobalización y la deflación son procesos que condicionan la política exterior de los Estados Unidos y, más en particular su política comercial. Dichos procesos vienen de atrás y abarcan a las principales economías capitalistas desde hace varias décadas, pero que se agudizaron con la crisis global de 2007. Debido a ellas el descontento social en contra del neoliberalismo se fue enraizando en amplias capas de la población que no veían en sus bolsillos los beneficios prometidos por sus propulsores.

El consenso neoliberal entre social-demócratas y los partidos de derecha tradicionales comenzó a fracturarse, lo que provocó la emergencia de movimientos de izquierda y de ultraderecha opuestos a la globalización neoliberal. En ese contexto se ubican el Brexit en Reino Unido que llevó a la separación de este país de la Unión Europea y el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos, mediante un discurso facistoide, xenófobo, proteccionista y desglobalizador.

Para llegar al gobierno y sostenerse en el mismo, Trump utiliza un discurso protofacista y racista, el cual cala hondo en su base política de blancos afectados negativamente por la globalización neoliberal. No es que esa población blanca se haya vuelto racista repentinamente con Trump. Se trata, más bien, de amplias capas de la población blanca que históricamente han tenido una ideología y una cultura racista, y que encuentran en el discurso supremacista trumpiano un asidero para su manera de concebir a su país y al mundo, así como para la explicación de sus problemas actuales. Para atizar el racismo, se ha construido un nuevo enemigo: los inmigrantes (latinos, principalmente) y los islámicos radicales, de la misma forma que, en otras condiciones históricas, Hitler culpó a los judíos de los males de la Alemania.² En ese contexto se ubica la construcción del muro en la frontera mexicana, el cual se ha vuelto un ícono de la estrategia política trumpiana.

En el terreno económico, la administración de Trump ha asumido un discurso proteccionista y antiglobalizador. Algunos autores han interpretado equivocadamente este sesgo como el fin del neoliberalismo y de la globalización. Más que romper con el neoliberalismo y con el libre comercio, el gobierno estadounidense utiliza sus contradicciones con China y otros países, así como la renegociación de los acuerdos comerciales como el TLCAN, para fortalecer el poder estadounidense e imponer condiciones más favorables a sus intereses. Como bien apunta Palley, se trata, más que nada, de un “circo antiglobalizador” (Palley 2017). En otras palabras, libre comercio bajo nuevas formas, el cual en la etapa actual del capitalismo, es un “mercantilismo corporativo”. Junto al discurso antiglobalizador y proteccionista se intenta un arsenal de medidas que refuerzan el neoliberalismo, como la desregulación financiera y de las medidas de protección del medio ambiente.

La estrategia económica y la política comercial fue delineada en la campaña presidencial por Wilbur Ross, exdirigente de un “fondo privado de capital” (*private equity fund*) y actual Secretario de Comercio, y por Peter Navarro, un profesor de Economía y Políticas Públicas de la Universidad de California, Irvine, y actualmente Director del Consejo Nacional de Comercio, oficina asesora de la Casa Blanca recientemente creada. Los ejes de esa estrategia han sido validados por las acciones emprendidas por el gobierno de Trump. Navarro es autor o coautor de varios libros, entre ellos de *The Coming China Wars* (2006) y *Death by China* (2011). En este último libro, Navarro evalúa el papel de China en el orden económico y político mundial, así como las repercusiones que el ascenso de la potencia asiática provoca en el funcionamiento de las economías, y en particular de la economía estadounidense. Con un lenguaje que hace recordar el discurso anticomunista de los días más tensos de la Guerra Fría, califica al gigante asiático como “el más eficiente asesino del planeta (2011:1)”. Define a la economía china como una “marca perversa de estilo comunista del ‘capitalismo de Estado’”, el cual “ha desplegado un mezcla potente de mercantilismo y de armas proteccionistas para matar puesto por puesto, uno a uno, los trabajos de las industrias estadounidenses (2011:2)”. Entre otras medidas tomadas por China, el autor menciona “subsidios a la exportación masivos e ilegales, la falsificación rampante de la propiedad intelectual estadounidense, protecciones ambientales lastimosamente laxas y el uso generalizado de trabajo esclavo”. Pero el arma más poderosa, ha sido, en su opinión, “una moneda descaradamente manipulada”, la cual estimula exportaciones y es “una bomba de tiempo en el déficit comercial entre Estados Unidos y China (Ibídem)”.

En un documento de la campaña presidencial de Trump, Ross y Navarro (2016) plantean que el principal objetivo del programa económico de la administración Trump será superar el estancamiento económico e incrementar significativamente el crecimiento económico y la creación de empleos. Al arribar al gobierno, el propio Trump prometió alcanzar un crecimiento anual del PIB del 4%.

De acuerdo con la interpretación de Ross y Navarro, el estancamiento económico no es el resultado de problemas estructurales de la economía estadounidense ni de los efectos de la crisis global, sino principalmente de haber ignorado “los roles significativos que los altos impuestos y la regulación incrementada han jugado en inhibir el crecimiento económico estadounidense desde el comienzo del siglo XXI, así como de nuestra capacidad para corregir los problemas (2016: 3)”.

Para alcanzar las metas propuestas de crecimiento, ambos autores proponen como medidas principales: a) reducir el déficit externo mediante la revisión profunda de los acuerdos comerciales y de la política comercial; b) reducir los impuestos al ingreso de las corporaciones y de los individuos; c) acelerar la desregulación del actividades económicas, incluyendo las regulaciones ambientales y financieras y; d) detonar un ambicioso programa de construcción de infraestructura.

La política trumpiana se presenta como una política anti-librecomercio, proteccionista y unilateral. Se plantea como objetivo reducir drásticamente el déficit de la balanza comercial, que ronda los 500 mil millones de dólares, y 800 mil si se excluye el superávit de la balanza de servicios. Se trata de una política comercial que recupera los principios más toscos del mercantilismo –doctrina desechada por el pensamiento económico desde los tiempos de Adam Smith–, al suponer simplistamente que eliminar el déficit externo se traducirá automáticamente en un crecimiento de la producción y el empleo internos.

La estrategia económica descansa en dos pilares:

1) una política fiscal que recupera la llamada “economía de la oferta” (*supply side economics*), desarrollada por Wanniski (1978) y basada en la llamada “curva de Laffer”, mediante la cual se sostiene que entre mayores sean los impuestos menores tenderán a ser los ingresos fiscales. Esa teoría fue aplicada por el gobierno de Ronald Reagan, bajo el supuesto de que la baja de los impuestos a los ricos y la desregulación detonarían la inversión;

2) una política comercial mercantilista, la cual asume que la reducción sustancial del desequilibrio de la balanza comercial estadounidense regresará los empleos a casa.

La aplicación de políticas proteccionistas no es un hecho nuevo en Estados Unidos. En realidad el capitalismo estadounidense ha recurrido al proteccionismo siempre, prácticamente desde la formación de la República, incluyendo el periodo de la segunda posguerra cuando una vez conquistada la hegemonía mundial, se convirtió en el portavoz del “libre comercio”. El proteccionismo en sí no es bueno o malo, sino que depende de los objetivos macroeconómicos a los que sirva. Como tampoco, el libre comercio es siempre bueno y beneficioso para todos los contendientes, como creen los neoliberales. En la ofensiva proteccionista unilateral de la administración Trump existen elementos nuevos, que resulta necesario considerar. No se trata solamente de una política de defensa del mercado interno ante los efectos disruptivos de la globalización, sino que es el resultado de una crisis global de larga duración, cuyo desarrollo y desenlace es muy incierto, y en el transcurso de la cual se ha agudizado la declinación de Estados Unidos como hegemón mundial.

A primera vista, la etiqueta de anti-libre comercio y proteccionista al gobierno de Trump, resulta verosímil. Una de las primeras medidas anunciadas por el gobierno fue la de retirarse del Tratado Transpacífico (TTP), proyecto globalizador impulsado por Obama, así como cancelar o renegociar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA por sus siglas en inglés). En este último caso, para justificar su revisión –eufemísticamente llamada “modernización” o “actualización– se convirtió a la víctima de ese tratado asimétrico –México–, en el culpable de los problemas que afronta Estados Unidos, con lo que, de paso, se reforzó la campaña ideológica racista en contra de los migrantes mexicanos y centroamericanos. Finalmente, en noviembre de 2018, después de presentar Trump al TLCAN como “el peor tratado

comercial en la historia de los Estados Unidos”, los tres países firmantes aprobaron su re-negociación. El nuevo acuerdo, ahora bautizado con el nombre de T-MEC (UMSCA, por sus siglas en inglés) es un arreglo netamente favorable a la administración estadounidense. Si bien Canadá y México lograron mantener el carácter trilateral del acuerdo, se cumplió el objetivo trumpiano de regresar empleos al territorio estadounidense. Para tal fin se elevaron las reglas de origen del sector automotriz del 62.5% al 75%, a la vez que se establece que el 40-45% del valor del vehículo debe producirse por trabajadores que ganen más de 16 dólares la hora, lo que implica el traslado de procesos de México hacia EUA y Canadá. La cláusula de reglas de origen va enderezada contra China y los países del sudeste asiático que habían utilizado la plataforma del TLCAN para introducir piezas e insumos más baratos.³

Al tiempo que se abandonan o se revisan los proyectos de integración impulsados por administraciones anteriores, se deja de lado la estrategia comercial multilateral y se favorece la firma de acuerdos bilaterales. En realidad la preferencia por acuerdos bilaterales en la política comercial estadounidense no es nueva, sino que se inicia con la administración de George W. Bush, al fracasar el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en 2005, ante la negativa de los gobiernos progresistas de América del Sur.⁴ Hasta la fecha sólo se ha revisado el tratado bilateral con Corea del Sur, aunque se menciona la posibilidad de firmar tratados bilaterales con Japón, Reino Unido e India.

La nueva estrategia comercial es definida por la Oficina del Representante Comercial de EUA en los siguientes términos:

El propósito general de nuestra política comercial –el principio que guía todas nuestras acciones en esta área clave– será expandir el comercio de una manera más libre y justa para todos los estadounidenses. Cada acción que tomemos con respecto al comercio será diseñada para aumentar nuestro crecimiento económico, promover la creación de empleo en los Estados Unidos, promover la reciprocidad con nuestros socios comerciales, fortalecer nuestra base de fabricación y nuestra capacidad para defendernos y expandir nuestras exportaciones agrícolas y de servicios. En términos generales, creemos que estos objetivos pueden lograrse mejor concentrándonos en negociaciones bilaterales más que en negociaciones multilaterales, y renegociando y revisando acuerdos comerciales cuando nuestros objetivos no se cumplan (USTR 2017).

En otras palabras, para el gobierno estadounidense actual no se trata de abandonar los acuerdos de libre comercio, sino de reenfoarlos por vías preferentemente bilaterales. Que el comercio internacional sea no solamente “libre”, sino “justo”. Pero ¿justo para quién? Obviamente para los Estados Unidos. Lo que se busca ahora es revisar los acuerdos de manera de favorecer más a los EUA, mediante la imposición a las contrapartes de la fuerza de los intereses geoeconómicos y geopolíticos de las empresas transnacionales y el gobierno. Se trata de utilizar la todavía posición hegemónica de los EUA, para incrementar su tajada en el comercio internacional, y tratar de contrarrestar un mundo que se desliza hacia la multipolaridad.

El objetivo número uno de la estrategia proteccionista estadounidense es China, país que se ha convertido en el principal enemigo externo, no solo por su pujanza económica, sino también por su creciente ascendencia tecnológica, militar y diplomática. La política comercial es solamente un instrumento de una política geoestratégica más amplia enfocada a preservar la hegemonía estadounidense y a detener el avance del gigante asiático. No se trata del fin del “libre” comercio, sino del reforzamiento del “mercantilismo corporativo” que ha sido el sello distintivo de los acuerdos de libre comercio neoliberales, así como del uso de un “proteccionismo agresivo” como el denunciado por Hilferding (1973) en los albores del imperialismo moderno.

El giro antichino de la política comercial de EUA no comienza con Trump sino que se remonta a 2005 durante la administración de George W. Bush. En abril de ese año una mayoría bipartidista del Senado aprobó la Enmienda Schummer-Graham que declaraba a China “manipulador de su moneda”. Schummer declaró entonces “es tiempo de hablar suavemente y de cargar un gran garrote”. Posteriormente en 2010, durante la administración Obama, la Cámara de Representantes aprobó el Ley de la Reforma Cambiaria para un Comercio Justo (*Currency Reform Trade Act*), y en 2011 el Senado aprobó la Ley de Supervisión de la Tasa de Cambio de las Monedas (*Currency Exchange Rate Oversight Act*). Ambas iniciativas, aunque no se implementaron porque no fueron aprobadas bicameralmente, culpaban a China de la manipulación de su tipo de cambio y pretendían imponer tarifas arancelarias compensatorias (Roach 2014).

De las palabras y los papeles, los Estados Unidos pasaron a los hechos. La ofensiva proteccionista comenzó con el establecimiento de aranceles a los paneles solares en enero de 2018. En marzo de ese año establecieron aranceles del 25% al acero y del 10% al aluminio, la cual fue aplicada en forma general, con la excepción solamente de algunos países. Hasta la fecha se mantienen esas cargas inclusive para Canadá y México, a pesar de haberse firmado el T-MEC (México-Estados Unidos-Canadá). La ofensiva pasó a mayores en junio y se convirtió en una auténtica guerra comercial, con EUA y China como los principales actores. El 15 de junio Trump confirmó la imposición de una tarifa del 25 % a 50.000 millones de exportaciones chinas aduciendo prácticas desleales y robo de propiedad in-

telectual. El ministro de Comercio de China acusó a los Estados Unidos de iniciar una guerra comercial y dijo que China respondería con aranceles similares a las importaciones estadounidenses. Tres días más tarde, la Casa Blanca declaró que Estados Unidos establecería aranceles adicionales del 10 % a otros 200.000 millones de importaciones chinas, si China respondía a las medidas estadounidenses. China replicó casi inmediatamente, amenazando con aranceles sobre 50.000 millones de bienes estadounidenses, y reafirmando el inicio de una guerra comercial por parte de Estados Unidos. En diciembre en el marco de la reunión del G20 en Buenos Aires, China y Estados Unidos decidieron acordar una tregua de 90 días sin imponer aranceles adicionales, así como restablecer negociaciones, las cuales están en curso sin perspectivas claras de solución.

Con todo lo importante que es esta guerra comercial, que ya ha afectado a los mercados financieros y el comercio internacional y hace recordar los efectos nefastos de la ley Smooth-Hawley durante la Gran Depresión, sería ilusorio pensar que el fortalecimiento del proteccionismo y el repliegue de los países hacia lo nacional, va a significar el fin de la globalización neoliberal. El capital monopolista-financiero, tanto el que se mueve en la esfera financiera, como el que se desplaza y deslocaliza en la esfera productiva hacia otros espacios geográficos, requiere de los mercados externos para su reproducción y valorización. Las cadenas globales de valor en la que participa este capital, forjadas a lo largo de décadas de internacionalización del capital, no podrán ser removidas rápida ni fácilmente, aunque lo desearan los gobiernos, pues dichas cadenas fueron construidas en buena medida, para superexplotar a los trabajadores de las periferias y elevar las tasas de ganancia de las empresas transnacionales (Smith 2016; Chesnais 2016).

La vocación del capital como lo dijo Marx desde la publicación del *Manifiesto Comunista*, es mundial. Pero como bien lo entendía Nicolás Bujarin (1977), la tendencia a la internacionalización del capital choca siempre con la permanencia de los estados nacionales. La contradicción globalización-estado nacional es irresoluble bajo el capitalismo. Por ello más que ver en el fracaso del discurso neoliberal de la era bushista-clintoniana el fin de la globalización comercial o financiera, habría que entender que los nuevos gobiernos de ultraderecha vivirán constantemente en medio de esta tensión, esta contradicción entre lo global y lo nacional.

Difícilmente el proteccionismo agresivo estadounidense resolverá su déficit comercial, pues los llamados desequilibrios globales son un problema estructural de la economía estadounidense y mundial, que sólo podría resolverse bajo acciones globales, es decir multilaterales (Roach 2014). Tampoco parece factible que la guerra comercial o que las rebajas impositivas sacarán a Estados Unidos del estancamiento.

Conclusiones

La crisis global que irrumpió en 2007 impulsó las tendencias deflacionarias latentes desde años atrás en la economía mundial, así como el repliegue de las economías nacionales hacia adentro. Salvada la Gran Recesión 2008-2009, la mayoría de las economías (salvo China y algunas economías asiáticas) han experimentado procesos de semiestancamiento económico, a la par que detonó un lento pero significativo proceso de desglobalización comercial y de reforzamiento de las políticas proteccionistas, las cuales alcanzan su punto más álgido en la actual guerra comercial entre Estados Unidos y China.

La crisis global aceleró la declinación de la posición hegemónica de los Estados Unidos. Si bien este país mantiene una amplia ventaja militar y conserva la hegemonía financiera, pues el dólar continúa siendo la divisa clave del sistema, ha perdido terreno en la producción, así como en el comercio internacional y la inversión extranjera directa. A diferencia del periodo de hegemonía indisputada que tenía EUA durante la posguerra, periodo en el cual predominaban tendencias centrípetas dentro del sistema capitalista, en la actualidad predominan tendencias centrífugas, al tiempo que emergen nuevas potencias, destacando el ascenso de China, que se ha convertido en líder mundial en materia productiva, comercial y destaca cada vez más como potencia financiera. En el transcurso de los últimos años se han producido reacomodos geopolíticos tectónicos que prefiguran la formación de un orden multipolar, pero que está lejos de configurar un orden multilateral consensuado y con reglas claras. Se han formado nuevas alianzas geopolíticas impensables hace algunos años como las que se gestan entre China, Rusia, Irán y Turquía. En todo caso la multipolaridad se presenta en un escenario caótico en un contexto en el cual la crisis global no ha sido resuelta.

La política comercial trumpiana acelerará la desglocalización comercial y la fragmentación mundial. Y aunque su reforma fiscal ha tenido un efecto positivo de corto plazo en el crecimiento económico, y la política monetaria no convencional evitó una depresión, difícilmente permitirán ambas políticas superar el cuadro de “estancamiento secular” presente desde hace varias décadas.

Los gobiernos y los bancos centrales de los países desarrollados enfrentan el dilema de avanzar hacia la “normalización monetaria” para contar con las armas suficientes para enfrentar la próxima recesión y/o crisis financiera o renunciar a la misma y seguir alimentando burbujas financieras para mantener a flote el barco, pero a costa de crear las condiciones de una crisis aún mayor en el mediano plazo. Como acertadamente lo plantea la UNCTAD (2018:7)

Si los bancos centrales no revierten el régimen de dinero fácil, el colapso en los mercados de activos, cuando ocurra, será más pronunciado y más perjudicial. Por otro lado, si se revierte el régimen de política (monetaria) abortaría la recuperación que está en marcha.

¡Cara o Cruz, se aceptan las apuestas

¹ Como lo han sostenido algunos analistas (por ejemplo Petras 2015), el espectacular despegue económico de China no hubiera sido posible sin el desarrollo anterior alcanzado bajo el “socialismo real”, con el desarrollo de las industrias de base y la reorganización de la producción campesina. A diferencia del Unión Soviética que bajo el mando de Stalin, y ante la amenaza de una nueva guerra mundial, llevó adelante la colectivización forzada del campo (con su cauda de millones de campesinos muertos o deportados a campos de concentración), el comunismo chino se apoyó en la alianza obrero-campesina, tanto para hacer la revolución, como para impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas.

² De manera recurrente y machacona, Trump identifica a los migrantes mexicanos y centroamericanos como maleantes o narcotraficantes. Por ejemplo, para justificar la construcción del muro afirmó en febrero de 2017 “En este momento, los funcionarios de inmigración encuentran a pandilleros, narcotraficantes y criminales extranjeros y los mandan al diablo y fuera del país. Y no les permitiremos regresar. Si lo intentan, tendrán más problemas de lo que jamás imaginaron (...) Recuerden que estamos atrapando a los malos.

A estos tipos malos los estamos aprehendiendo... Si ustedes vieran a estas personas, ¡oh! Es tan triste. Estamos sacando a la gente mala de este país, a la que no debe estar aquí, ya sea por drogas, asesinato u otras cosas. Son los malos quienes se irán primero, como prometí desde el primer día. Básicamente, lo único que he hecho es cumplir mi promesa. *La Jornada* (2017)”.

³ El objetivo antichino se manifiesta abiertamente en una cláusula del T-MEC, en la que se establece que los países signatarios no pueden firmar acuerdos comerciales con países que no tengan “una economía de mercado”, alusión al gigante asiático. Si un signatario lo hiciera, las otras partes cancelarían el acuerdo trilateral y lo sustituirían por uno bilateral.

⁴ En realidad la preferencia por acuerdos bilaterales en la política comercial estadounidense no es nueva, sino que se inicia con la administración de George W. Bush, al fracasar el Acuerdo de Libre Comercio de las América (ALCA) en 2005, ante la negativa de los gobiernos progresistas de América del Sur.

Referencias bibliográficas

Bujarin, Nicolás (1977) *Economía Mundial e Imperialismo*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente No. 21.

Chesnais, François (2016) *Finance Capital Today*. Leiden y Boston, Brill.

El Financiero (2018). “Inversión Extranjera Directa cae 41% en el mundo y 6% en México en 2018”. México, 25 de diciembre. <http://www.elfinanciero.com.mx/economia/inversion-extranjera-directa-cae-41-en-el-mundo-y-6-en-mexico-en-2018>

Europa Press (2018) “La inversión extranjera en países emergentes cae un 9,5% en 2018, hasta 990.000 millones, según el IIF”. Washington, Europa Press. <https://www.europapress.es/economia/finanzas-00340/noticia-inversion-extranjera-paises-emergentes-cae-95-2018-990000-millones-iif-20181003161823.html>

Gouyou, Wu (2010) “Economía socialista de mercado”. *Brasil & China em debate*. Sao Paulo: Editora Perseu Abramo.

Guillén, Arturo y Daniel Aparicio (2019) *Estancamiento económico en Estados Unidos: un acercamiento a su explicación teórica*. México, Mimeo.

Guillén, Arturo (2015) *La crisis global en su laberinto*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva-UAM-I.

Guillén, Arturo (2007) *Mito y realidad de la globalización neoliberal*. México, Miguel Angel Porrúa editores-UAM-I.

Hilferding, Rudolf (1973) *El capital financiero*. México: Ediciones El Caballito.

International Monetary Fund IMF (2018) *Global Financial Stability Report. A bumpy road ahead*. Washington, abril. <http://www.imf.org/en/Publications/GFSR/Issues/2018/04/02/Global-Financial-Stability-Report-April-2018>

La Jornada (2017) *Comenzaremos el muro mucho antes de lo programado: Trump*. México, 25 de febrero, <http://www.jornada.unam.mx/2017/02/25/politica/003n1pol>

Navarro, Peter & Greg Autry (2011) *Death by China. Confronting the Dragon. A Global Call to Action*. New Jersey, Pearson Education.

Navarro, Peter (2006) *The Coming China Wars: Where They Will Be Fought and How They Can Be Won*. New Jersey, Financial Times Press.

Palley, Thomas (2017) *The real reasons for Trump's Anti' Globalization Circus*. <https://www.theglobalist.com/real-reasons-for-trump-anti-globalization-circus/>

Petras, James (2015) "China: Rise, Fall and Re-Emergence as a Global Power". *Global Research*, 20 de mayo. <http://www.globalresearch.ca/china-rise-fall-and-re-emergence-as-a-global-power/29644>

Roberts, Michael (2016) *The Long Depression*. Chicago, Haymarket Books.

Roach, Stephen (2014) *Unbalanced. The codependency of America and China*. New Haven y Londres, Yale University Press.

Ross, Wilbur & Peter Navarro (2016) *Scoring the Trump Economic Plan: Trade, Regulatory & Energy Policy Impact*. Washington, 19 de septiembre https://assets.donaldjtrump.com/Trump_Economic_Plan.pdf

Roubini, Nouriel & Brunello Rosa (2018) "The Makings of a 2020 Recession and Financial Crisis". *Projet Syndicate*, 13 de septiembre, https://www.project-syndicate.org/commentary/financial-crisis-in-2020-worse-than-2008-by-nouriel-roubini-and-brunello-rosa-2018-09?utm_source=Project%20Syndicate%20Newsletter&utm_campaign=a47f3b6f97-sunday_newsletter_30_12_2018&utm_medium=email&utm_term=0_73bad5b7d8-a47f3b6f97-104374041&barrier=accesspaylog

Smith, John (2016) *Imperialism in the Twenty-First Century*. Nueva York, Monthly Review Press.

TELAM (2015) *China, el gran prestamista de los países emergentes*. <http://www.telam.com.ar/notas/201504/100310-china-el-gran-prestamista-de-los-paises-emergentes.html>

UNCTAD (2018a) *World Investment Report 2018*. Ginebra, UNCTAD. https://unctad.org/en/PublicationsLibrary/wir2018_en.pdf

UNCTAD (2018b) *Trade and Development. Report 2018*. Ginebra. https://unctad.org/en/PublicationsLibrary/tdr2018_en.pdf

UNCTAD (2014) *World Investment Report 2014*. Nueva York y Ginebra. ONU. http://unctad.org/en/PublicationsLibrary/wir2014_en.pdf

USTR (2017) *2017 Trade Policy Agenda and 2016 Annual Report of the President of the United States on the Trade Agreements Program*. Washington, Office of the United States Trade Representative. <https://ustr.gov/about-us/policy-offices/press-office/reports-and-publications/2017/2017-trade-policy-agenda-and-2016>

Wanniski, Jude (1978) *The Way the World Works: How Economies Fail and Succeed*. Nueva York, Basic Books.

Weeks, John (2016) “Un enfoque integral de la crisis financiera mundial centrada en América Latina” en Arturo Guillén, Antonina Ivanova, Alicia Girón y Eugenia Correa, coords. *Políticas públicas para enfrentar la crisis y alcanzar un desarrollo sustentable*. México, Miguel Ángel Porrúa editores-UAM-I/UABCS.

Cómo citar este artículo:

Guillén Romo, Arturo (2020) “La política comercial estadounidense en el contexto de la crisis global y de la declinación de su hegemonía”.
Revista Perspectivas de Políticas Públicas vol. 9 N°18: 261-287